

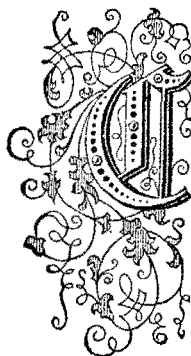
NOTAS ARQUEOLÓGICAS

POR JESUS SANCHEZ.

I

EL CUAUHXICALLI DE TIZOC.

Resúmen de las opiniones de Gama, Nebel, Humboldt, Ramírez y Orozco y Berra.—Un nuevo monumento adquirido por el Museo.—Tizoc, rey pusilánimo, mas bien religioso que guerrero.—Mujeres representadas en los grupos del bajorelieve de esta piedra.—No puede admitirse que el cuauhxicalli conmemore las campañas de Tizoc.—Es un monumento que recuerda las ceremonias religiosas en la fiesta dedicada al dios del fuego.



ON el nombre de *Cuauhxicalli de Tizoc* describió¹ el sabio Sr. Orozco y Berra un antiguo monumento mexicano que existe en nuestro Museo Nacional. Este trabajo, como todos los suyos, está escrito con la maestría que revela en sus obras el escritor profundamente versado en la materia que trata; las ideas en él emitidas por este célebre historiador son generalmente admitidas hasta hoy sin réplica: grande parecerá mi atrevimiento al asentar proposiciones contrarias á las suyas; mas me excusa la circunstancia de haberse adquirido por el Museo un nuevo monumento, que el Sr. Orozco no conoció, y el cual ha venido á revelar algunos errores que, á mi juicio, pasaban sin discutirse. Para señalarlos será preciso hacer previamente un resúmen de las varias interpretaciones que se han hecho de los jeroglíficos esculpidos en el *Cuauhxicalli de Tizoc*, pudiendo servirse el lector, á falta del monumento original, del muy buen dibujo que acompaña á la Memoria del Sr. Orozco y es debido al reputado profesor de pintura el Sr. José M.^a Velasco.

Respecto de la Piedra de Tizoc dice el célebre arqueólogo Gama que no es una piedra para sacrificios. Cree que la cavidad central y la canal que de ella nace se hicieron posteriormente por alguno de los que imprudentemente pretendieron desfigurar cuantos monumentos encontraban del tiempo de la gentilidad. En cuanto á las figuras de la circunferencia cilíndrica, dice que representan la danza religiosa que tenia lugar en una de las fiestas principales del sol; cuya danza se organizaba en uno de los edificios del

¹ Anales del Museo Nacional de México. Vol. I, p. 3.

templo mayor, y que salía de allí ya concertada en la forma que se ve en la piedra, siendo el jefe ó director de ella el maestro ó ministro principal de aquel colegio, que se distingue de los demás en el mayor y más poblado penacho de plumas.¹ En seguida trata de descifrar los jeroglíficos que señalan el nombre de los pueblos que debían tomar parte en el baile representado en la piedra.

El baron de Humboldt admite la opinion de Dupaix, segun el cual la escultura representa las conquistas de un rey azteca. Se inclina á creer que era una de esas piedras llamadas *Temalacatl*, sobre las cuales se verificaban los combates llamados gladiatorios entre el prisionero destinado á ser inmolado y un guerrero mexicano. Llama su atencion el hombre barbado que se representa en uno de los grupos² y observa á este respecto que los indios mexicanos tienen más barbas que los demás indígenas de América. «¿Habria, dice, alguna provincia en que en otro tiempo gastaran barbas los habitantes ó será posiza la que se nota en el relieve? ¿Hará parte de aquellos adornos fantásticos, por medio de los cuales los guerreros pretendian inspirar terror á sus enemigos?» Segun el mismo sabio, el calzado que llevan los vencedores terminado el pié izquierdo en una especie de pico *podria ser una arma defensiva*. No encuentra ninguna arma análoga en otra nacion, para solo el pié izquierdo.

Nabel llama al monumento «piedra de los sacrificios.» Representa soldados mexicanos, que llevan cautivos á los guerreros de diferentes pueblos conquistados. Los vencidos presentan flores ó ramos verdes como signos de paz y de sumision; en pago se les arrastra por el pelo para denotar su estado de esclavitud. Uno de los vencedores lleva un casco de mucho mayor lujo que el de los demás; tal vez es el jefe ó un gran personaje. *Hay entre los conquistados dos mujeres, lo que es muy particular, y pudiera suponerse que entre los pueblos las mujeres iban tambien á combatir al enemigo.*

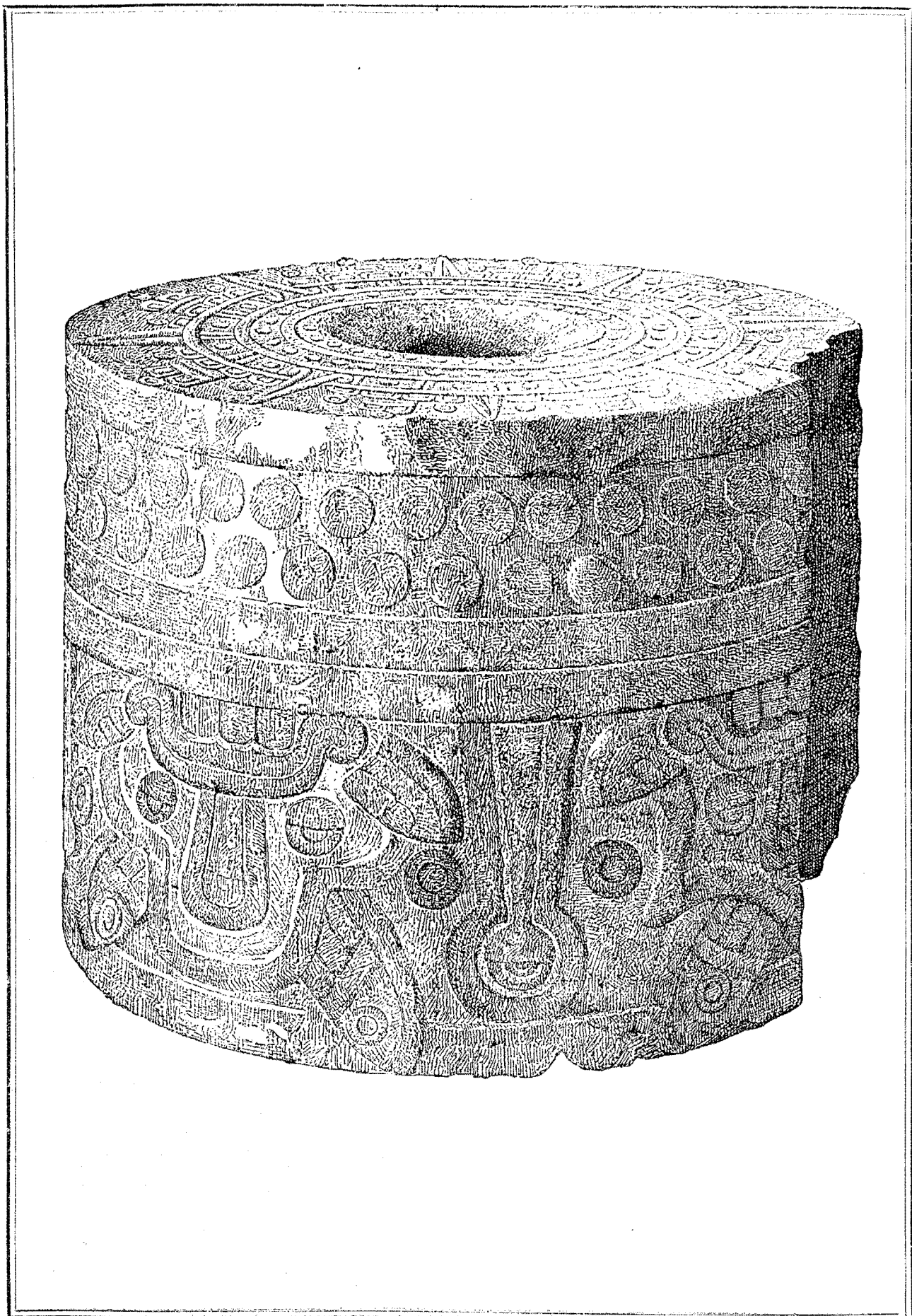
El Sr. D. Fernando Ramírez afirma que es un monumento conmemorativo de las victorias obtenidas por Tizoc, sobre los pueblos figurados en la circunferencia del cilindro, cuyos simbolos *no representan danzantes, como suponía Gama, sino grupos de vencedores y vencidos*; éstos presentan con la mano derecha una arma en señal de sumision. La oquedad circular que se advierte en el centro de la piedra y la canal que de ella sale son apéndices más bien *destructivos que artisticos*. Este monumento, añade el Sr. Ramírez, es interesante bajo el punto de vista histórico, *porque nos conserva noticias que no se encuentran en ningun libro impreso ni manuscrito*. La época de la construccion la fija entre los años 1481 y 1486, que forman el período del reinado de Tizoc.

Por último, compendiando las ideas del Sr. Orozco y Berra, vemos que, fundado en cierta regularidad de la «oquedad central» y de la canal, deduce que son primitivas, hechas al labrarse la piedra y no de obra de la destruccion. Admite que en el arranque de la canal se advierten huellas de una mutilacion bárbara. En consecuencia asegura que *cavidad y canal son propias de las piedras llamadas Cuauhxicalli*. Respecto de los grupos figurados en la convexidad del cilindro, dice: «*Es inadmisibile, cual pretendia Gama, ser estos grupos de danzantes; son, como dicen Humboldt y Ramírez, grupos de vencedores y vencidos; signos mímicos de la conquista de ciertos pueblos.*»

1 Véase el dibujo que acompaña la Memoria del Sr. Orozco, grupo a.

2 Letras *i* y *m* del mismo dibujo.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL
Instituto Nacional de Antropología e Historia
CIUDAD DE MEXICO



VASO DEL SOL

«Tiene razon cumplida el Sr D. Fernando Ramirez; el Cuauhxicalli que nos ocupa es un monumento conmemorativo de las victorias obtenidas por Tizoc, sobre los pueblos figurados en la circunferencia del cilindro.» Más adelante sigue diciendo: «El zapato recurvo del pié izquierdo, figurósele á Humboldt ser una arma; si él nada conoce análogo en otras naciones, nosotros nada hemos visto ni barruntado en cuanto hemos estudiado acerca de los útiles que entre los pueblos de Anáhuac servian para la defensa ó la ofensa. Nos figuramos, y téngase como simple conjetura, que ese calzado era un distintivo de los *cuacuahtin*, á fin de diferenciarse de los *cuachic*, tambien caballeros águilas, aunque de mucha ménos importancia militar.

*
* *

Conocidas las varias opiniones emitidas acerca de la Piedra de Tizoc, presento algunas ideas que me ha sugerido la vista del monumento procedente de Cuernavaca y recientemente adquirido por el Museo, y que en la estampa adjunta lleva el nombre de «Vaso del Sol» en sustitucion del de *Cuauhxicalli* que es el que le daban los aztecas. Es un cilindro de traquita de 0^m33 de diámetro por 0^m24 de altura.

A primera vista se reconoce un *cuauhxicalli* ó vaso propio para ciertas ceremonias religiosas que practicaban los indios mexicanos. En la superficie ó base superior del cilindro lleva grabada en relieve la exacta reproduccion de la figura del sol, como se representa en la piedra de Tizoc; existe en su centro la excavacion ó vaso, en la forma del que aún ahora se llama jícara, *xicalli*, destinado para contener la ofrenda; mas la canal que en la piedra de Tizoc pártel del vaso siguiendo la direccion del radio, falta en la piedra de Cuernavaca. En ésta se nota tambien una canal en la superficie convexa del cilindro sin relacion alguna con el vaso central, rompe las labores y su solo aspecto revela que no puede tener más objeto que la division de la piedra. Esta circunstancia es favorable, á mi modo de ver, para los que han opinado que la canal de la piedra de Tizoc es posterior y «un apéndice más que artístico, destructivo.» Corrobora tambien este juicio otro monumento del Museo, que describiré en nota especial, y me parece ser el *vaso del sol*, que menciona el Sr. Orozco en su artículo citado con el nombre de *Cuauhxicalli xiuhpilli cuauhtlehuatl*. Esta piedra redonda, con un hueco circular en el centro, de una vara de diámetro, destinada para contener los corazones de las víctimas en ciertas solemnidades, tiene tambien dos canales de desagüe, una en su borde y otra en el fondo; mas las dos rompen y destrozan los bien acabados relieves que la adornan, cuyo solo hecho bastaria para desechar la idea de que dichas canales sean primitivas. Felizmente en este caso puede probarse plenamente que no son propias de la piedra, comparando el monumento original con un antiguo dibujo del célebre capitán Dupaix, hecho el año de 1794 y existente hoy en la biblioteca del Museo; en este dibujo faltan las dos canales, quedando así manifestado que se hicieron despues de esta fecha, tal vez con el objeto de aprovecharla como depósito para agua. Podria objetarse que siendo pequeño relativamente el vaso ó *cuauhxicalli* de Cuernavaca no se necesitó abrirle un conducto para dirigir la sangre, pues los sacrificios sobre él practicados no serian numerosos; pero si fuese cierto, como se ha dicho, que la canal es propia de esta clase de piedras, la de Cuernavaca, como

todas ellas, debía tener la suya, partiendo de la oquedad central, en vez de presentarla, como se ve en la lámina correspondiente, en un lugar impropio para conseguirse el fin propuesto; cuya circunstancia nos enseña que estas grandes piedras se dividían de una manera metódica, puede decirse, para aprovecharlas, recién hecha la conquista, en las obras que entónces se emprendían: de uno de estos cuauhxicalli dice el P. Durán que en su tiempo estaba en la Plaza mayor y que se decía la querían «para hacer de ella una pila del bautismo santo.»

En consecuencia de lo expuesto asiento la siguiente proposición: *la canal del Cuauhxicalli de Tizoc y las que presentan generalmente estas piedras no son propias de ellas, son posteriores y hechas con la mira de utilizarlas de alguna manera.*

Al asentar la anterior proposición nos encontramos en plena contradicción con el historiador Durán, el cual, al describir el sacrificio del mensajero del sol que se hacía sobre la piedra, dice lo siguiente: «y escurríale la sangre en aquella pileta, la cual por aquella canal que tenía se derramaba delante de la cámara del sol, etc.» Tan respetable autoridad no hace vacilar nuestra opinión, pues hemos reflexionado que las descripciones ó noticias que dieron los historiadores primitivos las recogieron por relaciones verbales que se conservaban por tradición. Es muy probable que el P. Durán viese la piedra en la Plaza mayor, ya con la canal destructiva, y naturalmente le ocurrió que su objeto debía ser el de servir de desagüe á la gran cantidad de sangre contenida en el vaso, ó para dirigirla en determinada dirección.

Respecto á la interpretación de lo figurado en la superficie convexa del cilindro en la piedra de Tizoc, el Sr. Orozco y Berra dice: «Es inadmisibile, cual pretendía Gama, ser estos grupos de danzantes; son, como dicen Humboldt y Ramírez, grupos de vencedores y vencidos; signos mímicos de la conquista de ciertos pueblos.» Más adelante añade: «Tiene razón cumplida el Sr. Ramírez; el Cuauhxicalli que nos ocupa es un monumento conmemorativo de las victorias obtenidas por Tizoc sobre los pueblos figurados en la circunferencia del cilindro.» Esta es la explicación admitida hoy; mas á pesar del respeto que me inspira la voz autorizada de los sabios citados, creo no es de admitirse por los motivos que expongo en seguida.

Desde luego ocurre que un monumento de esta clase, una «piedra triunfal,» como se le ha llamado, debe estar dedicada á un guerrero distinguido, á un conquistador de esos á quienes en todas épocas y en todos los países se ensalzan y glorifican por su valor temerario y por sus hechos heroicos. Supuesto esto, preguntamos: ¿El rey Tizoc está en este caso? ¿Sus hazañas le hicieron acreedor á que se perpetuase su nombre esculpiendo en la roca sus campañas? Consultando lo que respecto al corto período de cinco años que duró el reinado del rey aludido nos dicen los historiadores de más nota, encontramos lo siguiente. En el Códice Ramírez,¹ cuyo texto siguen en sus historias Durán, Tezozomoc y Acosta, y que se considera² como la mejor fuente, acaso la única verdaderamente autorizada, para conocer los hechos pasados en Tenochtitlan, se lee esto: «Éste (el rey Tizoc), para su coronación fué á dar guerra á cierta provincia que se había rebelado contra México donde se mostró algo temeroso y en la refriega perdió mas gente que capturó, y mostrando alguna pusilanimidad volvióse diciendo que ya tenía los captivos

¹ Crónica mexicana escrita por D. Hernando Alvarado Tezozomoc hácia el año de MDXCVIII, precedida del Códice Ramírez etc. México, 1878, pág. 67.

² Según opinión del Sr. A. Chavero. Véase la obra citada, pág. 163.

que bastaban para el sacrificio de la fiesta de su coronacion. Recibiéronle á la vuelta con gran solemnidad y coronáronle con la fiesta acostumbrada, aunque los mexicanos estaban descontentos dél, porque no le vían belicoso. Reynó cuatro años sin hacer cosa memorable ni mostrar aficion á la guerra, por cuya causa los mexicanos al cabo de este tiempo le ayudaron á morir con ponzoña y así feneció este rey » etc. El P. Sahagun, autoridad de primera nota en estos asuntos, avanza más aún, pues dice que en el reinado de Tizoc no hubo guerras.¹ Para no ser difusos aglomerando las diversas citas de los historiadores antiguos, dirémos que en general están de acuerdo en considerar á Tizoc como un rey mas bien religioso que guerrero. El Sr. Orozco, preocupado sin duda con la idea de que los relieves de la piedra representan las campañas de este rey, supone á los historiadores empeñados en falsear el carácter del rey, presentándolo á la posteridad como un cobarde. En su *Historia antigua y de la Conquista de México*, T. 3, pág. 374, dice: «Estos juicios son inexactos. Tizoc reinó 5 años; en ellos combatió contra los de Metzitlan y los matlatzinea; invadió las provincias de Cuetlaxtla, Ahuilizapan, Tochtla, en la costa del Golfo; por este mismo rumbo peleó contra los de Nautlan; llevó sus armas hasta la Mixteca y Tzapoteca; se apoderó de Tlapa y de otros lugares hácia la mar del Sur.¹ De esto aparece no haber sido un monarca pusilánimo ni cobarde, sino ántes bien batallador, á quien los historiadores no hicieron justicia cegados por pasiones que ignoramos.»

Este grave cargo que se hace á los antiguos historiadores no nos parece fundado, pues no comprendemos que los cegara alguna pasion tratándose de hechos muy anteriores á su época. Es indudable que la tradicion y tal vez los manuscritos jeroglíficos que consultaron así lo enseñaban. Es cierto que el Códice de Mendoza señala algunas guerras ó conquistas del tiempo en que reinó Tizoc, mas yo creo que puede explicarse esta aparente contradiccion con el dicho de aquellos, admitiendo que en tales hechos de armas no tomaba parte activa el rey, confiando á sus generales el éxito de las batallas y dedicándose él á sus ocupaciones religiosas por las que parece sentia verdadera vocacion. De no ser así, vendrémós á parar en un caos y admitir con Prescott, que los fundamentos de nuestra historia antigua son muy incompletos, ó en términos más precisos, que no tenemos historia. Por otra parte, comparando la descifracion de los jeroglíficos, colocados detrás de los grupos en la piedra de Tizoc, hecha por el Sr. Orozco, y que dan el nombre de los pueblos conquistados, con los señalados en la Coleccion de Mendoza, hallamos que entre ellos no hay perfecta concordancia. Como observa el mismo Sr. Orozco, en esta coleccion no constan entre los pueblos conquistados los nombres de Axocopan, Mixcohuatpec, Tenanco, Tamazolapan y otros que sí están señalados en la piedra: esta circunstancia es otro motivo que nos induce á creer no son las victorias de Tizoc ó las conquistas hechas en su reinado lo que representan los grupos de vencedores y esclavos esculpidos en el monumento.

Hay en las figuras del relieve otra cosa que me parece sumamente notable. Entre los 15 grupos que adornan la piedra en su superficie convexa, encontramos que en dos de ellos, marcados con las letras *f* y *h* en la lámina que acompaña á la Memoria del Señor Orozco, los cautivos pertenecen al sexo femenino; hecho singularísimo señalado por Nebel y que podria hacer suponer, dice este autor, que entre estos pueblos las mujeres iban también á combatir al enemigo. El Sr. Orozco y Berra dice á este respecto lo siguiente:

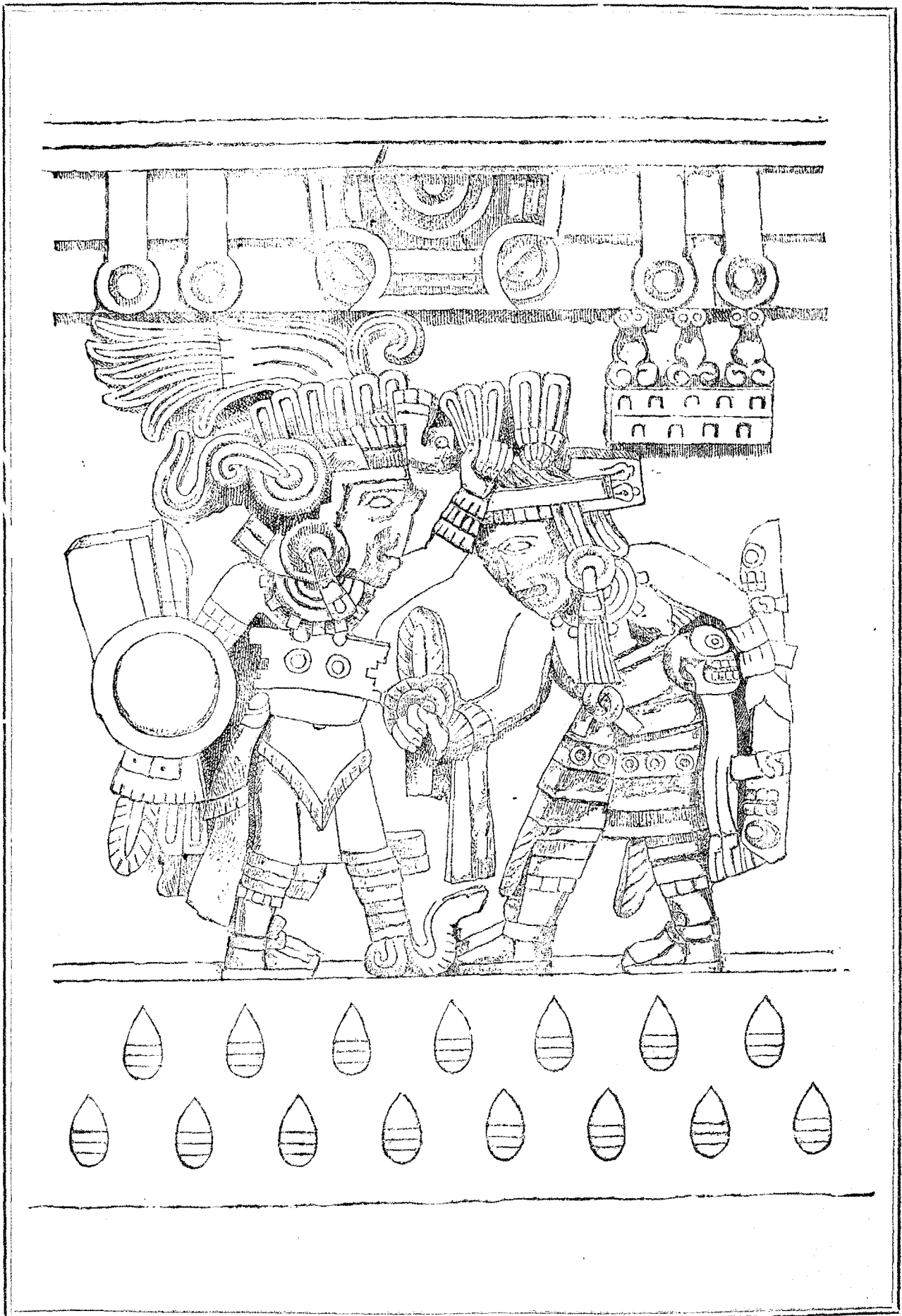
¹ Historia general. Lib. 8, cap. I.

«En efecto, sobre el busto se distinguen dos senos de muger, lo que unido al traje talar y á los adornos, parece denotar un individuo del sexo femenino. Opinión particular nuestra es, que no son tales mujeres. Primero, porque el traje puede confundirse con el *ichcahuipilli*, especie de armadura de algodón colchado, usada por los guerreros para defenderse de las flechas, adoptada por los conquistadores castellanos y por ellos llamada *escaupil*. Segundo, porque no recordamos haber encontrado en las historias que las mujeres de las tribus civilizadas combatieran al lado de los guerreros. Tercero, porque los prisioneros sacrificados al sol eran los varones, y las mujeres en corto número, servían para otras divinidades. Cuarto, porque en esculturas y pinturas los senos descubiertos de la mujer no están expresados de esta manera. Con todas las salvas posibles, hasta que otra cosa se demuestre, creemos que, esos que como senos aparecen, son no sabemos cuál cosa que en el dibujo tomaron la forma que se les advierte.»¹

De ninguna manera podemos colocarnos al lado de nuestro ilustre historiador en este caso. Si realmente son mujeres, como creemos, las dos figuras á que nos referimos, esto vendría á confirmar nuestra opinión; *los relieves de la piedra no representan las campañas del rey Tizoc*, pues es bien sabido que en Méjico no existieron ejércitos de amazonas, las mujeres no combatían tampoco al lado de los guerreros. Adjunto una lámina que representa uno de los dos grupos en los que el esclavo es una mujer, advirtiéndole que este correcto dibujo es hecho por el distinguido profesor de pintura el Sr. José Velasco, el mismo que dibujó la estampa que acompaña al trabajo del Sr. Orozco. Se verá en él que lo que pareció armadura no es más de la enagua corta que usan las indias, cubriendo la cintura y los muslos en todo su contorno; la armadura de algodón colchado cubría el pecho y la parte anterior de las piernas como lo demuestra la figura del varón en este grupo: no es posible confundir aquí una enagua con la armadura usada por los mexicanos. Es verdad que las mujeres no combatían como soldados, y esta es una poderosísima razón para admitir que en la piedra no se representan las campañas que se dice, mas no para desconocer el sexo perfectamente señalado que corresponde á las mujeres esculpidas en la misma piedra. Es también evidente que las víctimas ofrecidas en sacrificio al sol *generalmente* eran los varones, y que las mujeres, en corto número, servían para las diosas; esto no obstante, la regla tenía sus excepciones. Por ejemplo, en las fiestas que se hacían al dios del fuego, cuyo culto se confundía antiguamente con el del sol, se sacrificaban las mujeres, como lo dice Sahagún en el Cap. 37, Lib. 2.º de su *Historia Universal de las cosas de Nueva España*: «Tres años arreo hacían lo que arriba está dicho en este mes y en esta fiesta, pero al cuarto año hacían otras muchas cosas segun que se sigue. Este cuarto año mataban muchos esclavos como imágenes del Dios del fuego que llamaban Izoçahuqui ó Xiuhcutli, y cada uno de ellos iba *con su muger que también tenía que morir*. Este cuarto año, el último día de este mes, en amaneciendo llevaban á los que habían de morir al Cu donde los habían de matar. *Las mugeres que habían de morir* llevaban todos sus hatillos y sus alhajas á cuestas,» etc. Por último, si en esculturas y pinturas los senos descubiertos de la mujer no están representados de la misma manera, depende seguramente de la manera de ejecutar estas obras, especial para cada artista, y que entre los aztecas variaba de un modo notable, tratándose muy especialmente de la representación de sus fantásticas deidades.

En nuestro humilde juicio no hay razón suficiente para sostener que no es una mu-

¹ Anales del Museo. Tomo I, pág. 34.



UNO DE LOS GRUPOS ESCULPIDOS EN LA PIEDRA DE TIZOC.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL
Instituto Nacional de Antropología e Historia
CIUDAD DE MEXICO

jer la figura del grupo que damos á la estampa. Si no fuese bastante lo dicho, corroboraría nuestra opinion el exámen del instrumento que lleva en la mano izquierda y que el Sr. Orozco clasifica como *macuauhuitl* ó espada mexicana. Esta arma ofensiva, segun el conquistador anónimo, era de esta manera: «hacen una espada de madera á modo de montante, con la empuñadura no tan larga, pero de unos tres dedos de ancho, y en el filo le encajan unas navajas de piedra viva, que cortan como unas navajas de Tolosa.» Ciertamente no se ven aquí tales navajas, sólo reconocemos un instrumento corto, ancho, terminado por extremidades curvas sobre el filo, adornado con lazos ó moños cuyos nudos se distinguen perfectamente en la piedra y no dejan duda alguna de que no son las navajas de la macana ó espada mexicana. No encontramos entre las armas de los aztecas ninguna que siquiera se le parezca, miéntras que sí hallamos mucha semejanza con el instrumento para tejer representado en varias láminas de la obra de Lord Kingsborough y siempre llevado por mujeres como símbolo de los trabajos de su sexo: la diosa Mixcoatl,¹ por ejemplo, la que segun el intérprete del Códice Vaticano «inventó el tejer y las labores femeniles,» empuña uno adornado con cintas ó lazos como el de la piedra de Tizoc; la diosa del agua, Chalchiuhtlicue,² lleva en la mano «un cierto palo con que tejía;» la Xochiquetzal,³ que «inventó el tejer y el hilar,» tiene el mismo distintivo, lo mismo que la diosa Ychpuitl.⁴ La manera de servirse del instrumento está representada en el Códice de Mendoza al describir la educacion de las jóvenes.⁵

Dejemos la responsabilidad de la invencion de este instrumento á los intérpretes, y fijándonos en el que tienen las diosas mencionadas encontraremos una gran semejanza con la supuesta espada que porta la mujer esculpida en el cuauhxicalli que estudiamos: la diferencia consiste en que el de ésta presenta en sus extremos un cráneo humano, que con el que está suspendido á su cintura, son en mi concepto atavios funebres de circunstancias, que indican va á ser sacrificada en compañía de los demás esclavos sujetos por el pelo, á cuyo efecto presenta con la mano derecha cierto cuchillo de piedra con tope, no flores como dijo Nebel.

Es notable ciertamente el calzado del pié izquierdo en los guerreros: á Humboldt le pareció una arma ofensiva; el Sr. Orozco conjetura que «era un distintivo de los *cuacuauhtin*, á fin de diferenciarse de los *cuachic*, tambien caballeros águilas, aunque de mucha ménos importancia militar.» Singular arma que deberia ser usada probablemente á puntapiés: me adhiero más bien á la opinion del Sr. Orozco añadiendo que, la insignia recuerda el nombre del dios de la guerra mexicano, Huitzilopochtli, que significa siniestra emplumada segun el Códice Ramírez, y del cual dice Torquemada⁶ se representaba algunas veces con la pierna izquierda delgada y emplumada. Este calzado, de forma anómala, debía ser un estorbo en los combates, y esta consideracion tambien es favorable á nuestra opinion: *los relieves de la piedra de Tizoc no representan sus conquistas.*

1 Códice Vaticano en Kingsborough. Vol. II, lám. 73.

2 Códice Telleriano en Kingsborough. Vol. I, pág. 8.

3 *Id. id.*, pág. 30.

4 *Id.*, págs. 9, 10, 41, 12 y 43.

5 Códice Mendoza en Kingsborough, Vol. I, pág. 61, figs. 35 y 36.

6 Monarquía Indiana. Lib. 6, cap. 21, pág. 42.

*
* * *

Los grupos de guerreros y esclavos en la piedra de Tizoc están limitados por dos orlas ó cenefas, la una superior y la otra inferior, formando series de jeroglíficos que importa mucho descifrar, pues ellos tal vez nos sirvan para guiarnos en el estudio de este monumento. Refiriéndose á ellos, dice el Sr. Orozco:¹ «Siempre nuestra ignorancia: si los dibujos que limitan el relieve hácia arriba y abajo no son simples adornos, sino que son significativos, confesamos nada entender de su simbolismo: no queremos inventar sistemas para encubrir la falta de conocimientos.»

El Vaso del Sol representado en la estampa adjunta y recientemente adquirido por el Museo, puede ayudarnos para la resolución del problema: comparándolo con el cuauhxicalli de Tizoc, hallamos que la orla superior de éste es casi idéntica con la inferior de aquél; en la piedra de Cuernavaca se ven claramente dibujados unos rostros humanos fantásticos y adornados en su contorno con los pedernales que caracterizan al dios del fuego; tres de estos rostros forman la orla inferior y están separados entre sí por un extraño signo compuesto de un círculo dividido en dos partes iguales por un diámetro horizontal y suspendido á un apéndice que se prolonga hácia arriba. En pinturas y esculturas hemos visto representar á las estrellas con la forma de estos círculos, y las prolongaciones que llevan no pueden indicar sino la luz que de ellas emana. La relación que pueda existir entre estos cuerpos celestes y el dios del fuego, la tenemos explicada en el pasaje siguiente de Sahagun.² «Hacia esta gente, dice, particular reverencia y tambien particulares sacrificios á los mastelejos del cielo, que andan cerca de las cabrillas, que es el signo *del toro*. Ejecutábanlos con varias ceremonias cuando nuevamente parecian por el Oriente acabada la fiesta del sol. . . . Llamán á estas estrellas *mamalhoastli*, y por este mismo nombre llaman á los palos con que sacan lumbre, porque les parece que tienen cierta semejanza con ellos y que de allí les vino esta manera de sacar fuego.» Con estos datos podremos asegurar que en el cuauhxicalli de Cuernavaca está representado el sol, el dios del fuego con sus símbolos correspondientes, el *tecpall*, sílex ó pedernal que produce las chispas, y el *mamalhuaztli* ó los maderos con que se encendia la lumbre: los círculos de la parte superior son signos numerales relativos á las fiestas que se dedicaban al dios ó á la cuenta del tiempo. En la piedra de Tizoc notamos los mismos signos: en la orla superior la cara desfigurada del Xiuhtecuiltli, el fuego, señor del año, representada de esta manera convencional y los dos leños para sacar lumbre; en la orla inferior los sílex ó pedernales y las chispas que ellos producen. No debe extrañarse esta union del sol y el dios del fuego, pues es sabido que: «Aunque los cultos del sol y del fuego andan separados, se advierte que á veces se confunden tomándose el uno por el otro.»³

¹ Anales del Museo Nacional de México. Tom. I, pág. 38.

² Historia. Lib. 7.º, cap. III.

³ Orozco y Berra. Historia, tom. I, pág. 417.

Sabiendo ya que la piedra es un monumento votivo al dios del fuego, veámos si entre las ceremonias del culto encontramos alguna que nos dé la explicacion del relieve. Sahagun las describe minuciosamente, y en su relacion hay circunstancias muy particulares, que á mi modo de ver, lo explican sin dificultad. En el cap. xxix de su historia, dice: «luego venian aquellos que tenian captivos presos que los habian de quemar vivos, y traianlos donde se habia de hacer este sacrificio. Venian aderezados para hacer areyto... *Cada uno de los que ivan en el areyto, asi aderezados, iba pareado con su captivo; ivan ambos danzando á la par.* En este areyto procuraban perseverar hasta la noche: puesto el sol cesaban y ponian los captivos en unas casas que estaban en los barrios que se llaman Calpulli: allí estaban guardando los mismos dueños y velaban todos y hacian velar á los captivos; llegada la media noche los señores de los esclavos, cada uno al suyo, cortaban los cabellos de la corona de la cabeza á raiz del casco delante del fuego y á honra del fuego. Despues de haber cortado los cabellos de la coronilla á los captivos, sus dueños dormian un poco, y los captivos estaban á mucho recaudo para que no huyesen. En amaneciendo, luego ordenaban todos los captivos delante del lugar que se llamaba Tzompantli, que era donde espetaban las cabezas de los que sacrificaban: estando asi ordenados, luego comenzaba uno de los satrapas á quitarles unas banderillas de papel que llevaban en las manos, las cuales eran señal de que ivan sentenciados á muerte: quitabanles tambien unos papeles con que ivan aderezados y alguna manta si llevaban cubierta; y todo esto ponianlo en el fuego para que se quemase en un pilon que llaman Quauhxicalli: todos ivan por este orden desnudandolos y echandoles fuego en sus atavios porque no tenian mas necesidad de vestiduras ni otra cosa como quien luego habia de morir. Estando así todos desnudos, esperando la muerte, venia un satrapa aderezado con sus ornamentos y traia en los brazos la estatua del Dios que llamaban Paynal: llegado aquel satrapa con su estatua, subia luego al Cu donde habian de morir los captivos y llegaba al lugar donde los habian de matar, que se llama Tlacaonhcan: llegado allí luego tornaba á descender, y pasaba delante de todos y tornaba otra vez á subir como primero: los señores de los captivos estaban tambien ordenados en frente, cada uno cerca su captivo, y cuando por segunda vez el Paynal subia al Cu, *cada uno de ellos tomaba por los cabellos á su captivo* y llevabalo á un lugar que se llama Apetlac, y allí los dejaban todos: Luego descendian los que los habian de hechar en el fuego, y empolvorizabanlos con incienso las caras, arrojándoselo á puñados, el cual traian molido en unas talegas; luego los tomaban y atábanles las manos atrás, y tambien los pies: despues los echaban sobre los hombros acuestas, y subianlos arriba á lo alto del Cu, donde estaba un gran fuego y gran monton de brasa, y llegados arriba luego daban con ellos en el fuego. . . . y estando en estaagonia sacabanle con unos garabatos arrastrando los satrapas y ponianle encima del tajon que se llamaba techcatl, y luego le abrian los pechos de tetilla á tetilla, ó un poco mas abajo, y luego le sacaban el corazon y le arrojaban á los pies de la estatua de Xiuchtecutli, dios del fuego. Despues de esto juntabanse todos los mancebos y mozuelos y muchachos todos aquellos que tenian guedejas de cabellos en los cogotes, que llamaban cuexpaleque, y toda la otra gente se reunian en el patio de Xiuchtecutli, á cuya honra se hacia esta fiesta, y al medio dia comenzaban á bailar, y á cantar, iban mujeres ordenadas entre los hombres,» etc. En el lib. 2.º, cap. xviii, dice: «Despues que habian muerto á estos esclavos y captivos, y á la imágen de Yzcozauhqui que es el dios del fuego, estaban aparejados y aderezados muy ricamente con ricos adornos todos los principales y señores, y el mismo emperador, y comenzaban un

areyto de gran solemnidad y gravedad al cual llamaban netecuitotiliztli, que quiere decir areyto de los señores. Este solamente se hacia de cuatro en cuatro años en esta fiesta.»

Subrayamos las palabras del historiador sobre las cuales deseamos llamar la atencion. La relacion del P. Sahagun nos enseña que entre las ceremonias del culto al dios del fuego, se verificaba un baile, guiado por el mismo emperador, en el cual tomaban parte aquellos valerosos soldados de que nos habla Duran,¹ los cuales hacian juramento de morir en defensa de su patria y de no huir nunca ante sus enemigos, cualquiera que fuese su número, teniendo esta especie de órden militar por dios al sol, en cuyo templo estaba una gran piedra cilíndrica llamada *cuauhxicalli* con la imágen del astro esculpida en su parte superior. Nos dice tambien que bailaban á la par, cada señor con su cautivo, y que en cierto momento los tomaban por los cabellos para conducirlos al sacrificio. Las mujeres morian al lado de los varones en esta ceremonia dedicada al dios del fuego.

Si no me he equivocado en mis apreciaciones, con lo expuesto está explicada la piedra llamada por el Sr. Orozco *Cuauhxicalli de Tizoc*: es un monumento votivo dedicado al sol, al fuego creador, y que recuerda una de las principales ceremonias de su culto. En mi opinion, Gama acertó con la explicacion, faltándole sólo algunos pormenores que refiere Sahagun, y habiendo desconocido el jeroglífico de Tizoc y otros de los que señalan probablemente los pueblos de donde provenian los cautivos destinados al sacrificio.

Repito, para concluir, que presento las anteriores observaciones con gran desconfianza, y que dispuesto á aprender siempre, con gusto modificaré mi opinion si personas competentes me hacen conocer los errores en que probablemente habré incurrido.

¹ Historia, tomo 2.º, página 153-159.

Junio de 1883.

